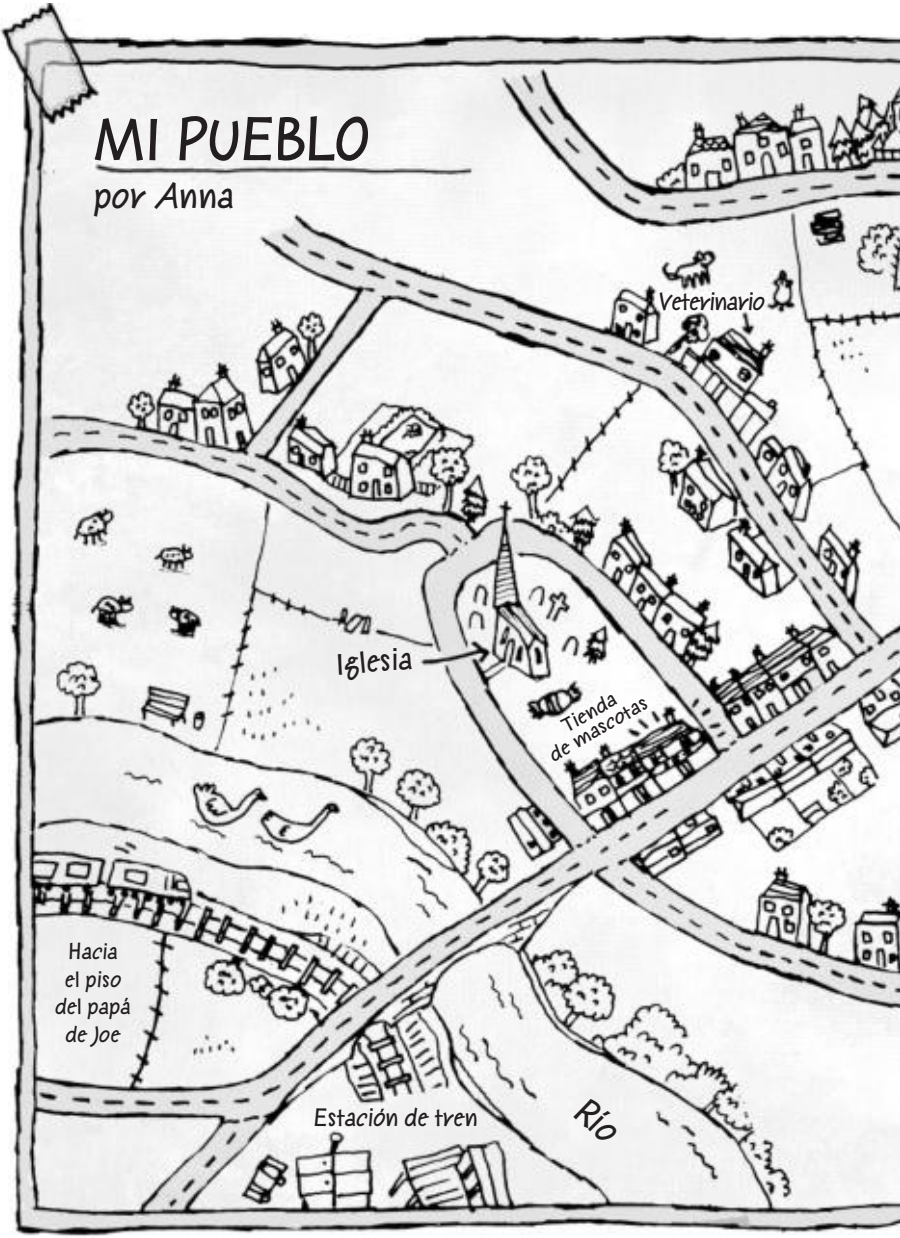
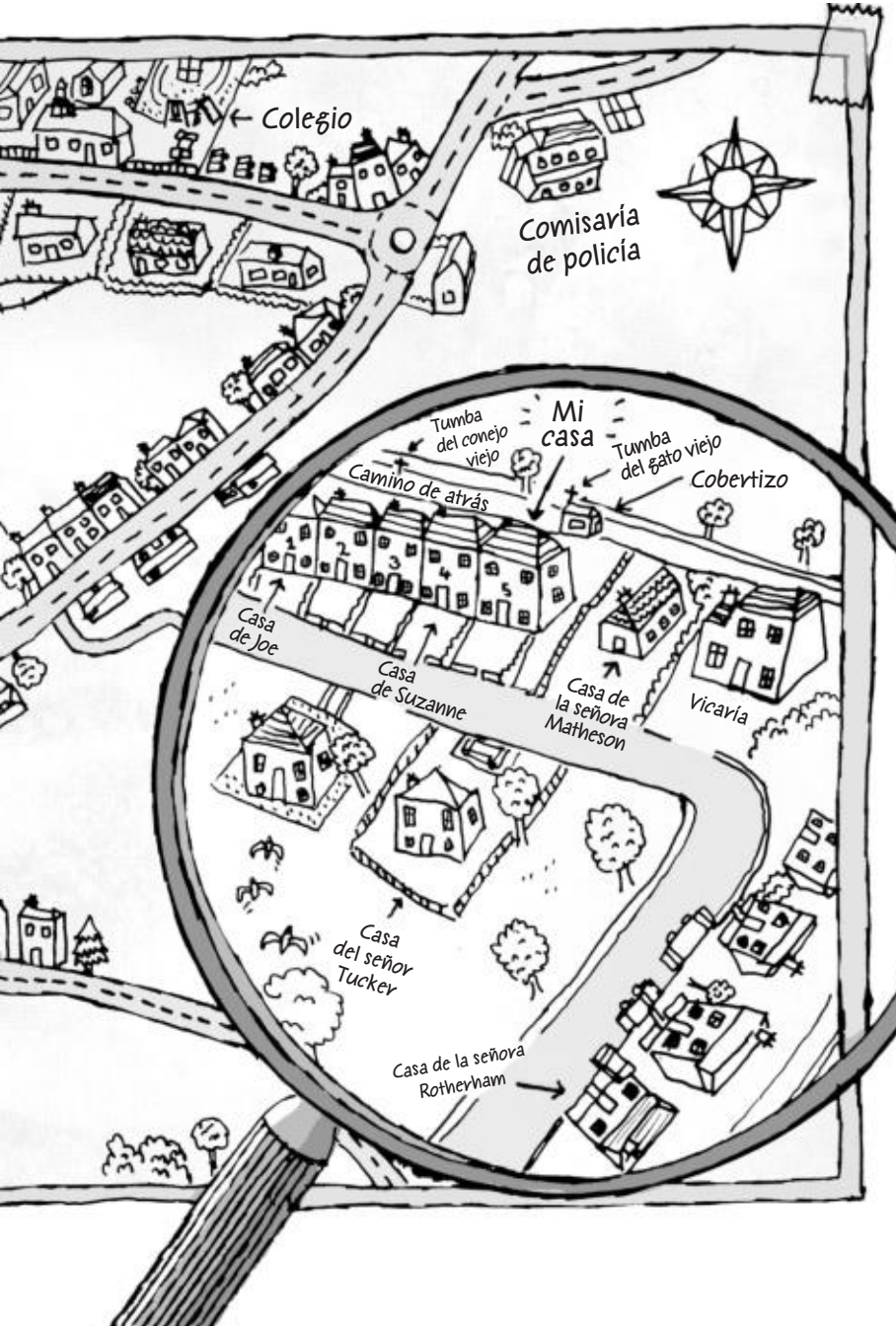
EL BARCO DE VAPOR

Katie Davies

Alerta máxima: Operación Conejo

sm


MI PUEBLO
por Anna
Veterinario
Iglesia
Tienda de mascotas
Hacia el piso del papá de Joe
Estación de tren
Río


Colegio
Comisaría de policía
Mi casa
Tumba del conejo viejo
Tumba del gato viejo
Cobertizo
Camino de atrás
1
2
3
4
5
Casa de Joe
Casa de Suzanne
Casa de la señora Matheson
Vicaría
Casa del señor Tucker
Casa de la señora Rotherham

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción del inglés: Alexandre Casal Vázquez
Ilustraciones: Hannah Shaw

Título original: *The Great Rabbit Rescue*
Publicado por primera vez en 2010
por Simon & Schuster UK Ltd. / CBS Company

© del texto: Katie Davies, 2010
© de las ilustraciones: Hannah Shaw, 2010
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Sam

Gracias a mamá y papá, y a Alan,
mi marido, por leer (y leer). Y gracias también
a mi agente, Clare Conville, a Venetia Gosling
y a toda la gente de Simon and Schuster.

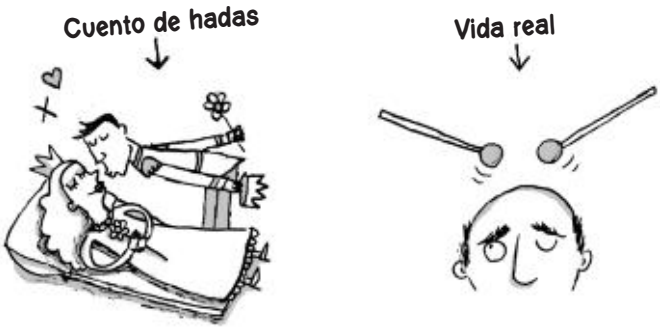
1 *Un rescate de verdad*

Esta es la historia de la desaparición y el rescate de Joe, el de nuestra calle. La mayoría de las historias que conozco sobre rescates no son de la vida real. Son cuentos de hadas, con Bellas Durmientes, Rapunzeles y esas cosas. Y no deben de ser ciertas, porque en la vida real la gente no suele pincharse los dedos con un huso ni dormir cien años seguidos. Y aun en ese caso, no creo que se despierten como la Bella Durmiente, solo porque alguien les dé un beso en la mejilla. Ni siquiera si el del beso es un príncipe.

Porque, en la vida real, cuando alguien está profundamente dormido, tienes que sacudirlo y gritarle al oído: «¡Arriba!». Y luego tienes que darle en la cabeza con

las baquetas de un xilófono. Porque si no, no se despierta.

Papá, desde luego, no se despertaría. Ni Tom, mi hermano pequeño. Tom es capaz de quedarse dormido en el suelo. Mamá lo lleva arriba, le pone el pijama y lo ayuda



a hacer pis en el baño, y Tom ni se inmuta. Ni siquiera la vez en que se le escapó el pipí y se mojó los pies.

Tom tiene cinco años. Le llevo cuatro. Ya he cumplido los nueve. Me llamo Anna.

Además, en la vida real, la gente no saca el pelo por la ventana para que alguien trepe por él y los rescate y todo eso, como pasa en *Rapunzel*. Porque por el pelo no se puede escalar, sobre todo si está pegado

a la cabeza de alguien. Por lo menos, por el pelo de Emma Hendry no se puede subir, porque Graham Roberts lo intentó una vez, en educación física, cuando Emma estaba en la parte alta de las espalderas. Emma se cayó, y la señora Peters se enfadó bastante. También Emma, que se había dado un golpazo. No hay nadie en el colegio que tenga el pelo tan largo como ella. Si quiere, puede sentarse en él y todo. La señora Peters le mandó una nota a la mamá de Emma porque a mi compañera no paraba de quedársele el pelo enganchado en las puertas, cajones y cosas así, y luego le dijo: «¡Emma Hendry, ese pelo tuyo es una trampa mortal!».

Y es cierto. Sobre todo, si anda cerca Graham Roberts. Así que ahora Emma lleva el pelo recogido, y en educación física tiene que ponerse una malla en la cabeza.

Pero esta historia no es una historia inventada ni un cuento de hadas como *La Bella Durmiente*, *Rapunzel* ni nada de eso. Es la historia de un rescate auténtico.

Lo que significa que todo lo que se cuenta en ella pasó de verdad. Lo sé porque yo estaba allí. Y también mi hermano pequeño, Tom. Y también mi amiga Suzanne Barry, que es nuestra vecina.

Esto es lo que dice mi diccionario sobre los rescates:

rescate | *Sustantivo*. Acción y efecto de liberar de un peligro, daño, molestia u opresión.

Y esto es lo que dice el diccionario de mi amiga Suzanne:

rescate (De rescatar, y este del latín *recaptare*, recoger.) | *Sustantivo*. Acción de salvar de confinamiento o peligro.

Mamá dijo que Suzanne y Tom no tenían razón y que Joe, el de nuestra calle, nunca había estado ni confinado ni en peligro.

Dijo:

–Anna, Joe se ha ido a vivir con su papá porque eso es lo que quiere. O sea, ¡no hace falta rescatarlo para nada!

Pero las mamás no siempre saben quién necesita un rescate y quién no. Una vez, armé un lío tremendo al romper el tejado del cobertizo y caerme al suelo, y decidí que ya no quería vivir más en casa y le dije a mamá:

–¡Quiero vivir con la señora Rotherham, al final de la calle!

Y ella respondió:

–¡Pues yo también!

Así que hice la maleta y fui hacia el final de la calle.

Cuando llegué a la casa de la señora Rotherham, resultó que ya no me apetecía vivir allí.

Pero, claro, como ya lo había dicho, tenía que hacerlo. De modo que entré. Me senté junto a la ventana, yo sola, y no dije ni pío. Pasaron siglos. Después, alguien llamó a la puerta. Era Tom, con su pijama de Batman y su casco de Bob el Constructor.

–Hola, Tom. ¿Has venido tú solo? –dijo la señora Rotherham.

Y Tom contestó:

–Soy Batman y Bob el Constructor. Y quiero que Anna vuelva a casa.

Y volví. Y eso fue un rescate. Tom me rescató. Porque, aunque la señora Rotherham me cayese muy bien, la verdad es que no quería vivir con ella. Prefería vivir en mi casa, con Tom. Y con mamá y papá. Y con Andy y Joanne (que son mis otros hermanos, y no salen en esta historia porque son mayores que yo y que Tom, y porque les dan igual los conejos y los rescates). Si Tom no me hubiese rescatado, yo estaría ahora viviendo con la señora

Rotherham. O sea, que menos mal que me rescató. Porque, para empezar, la casa de la señora Rotherham está lejos, al final de la calle. Y para continuar, huele un poco raro, a cosas viejas y alcanfor, como la casa de la abuela. Y para acabar de continuar, si viviese con la señora Rotherham ya no sería la vecina de Suzanne.

2 *Anna llamando a Suzanne*

SUZANNE, mi vecina, y yo tenemos walkie-talkies. Yo le hablo desde mi casa con mi walkie-talkie. Y ella me responde desde su casa con el suyo.

Aprieto el botón y digo:

–Anna llamando a Suzanne. Anna llamando a Suzanne. Responde, Suzanne. Cambio.

Entonces, suelto el botón. El walkie-talkie hace unos ruidos y luego Suzanne dice:

–Anna, aquí Suzanne. Anna, aquí Suzanne. Te copio alto y claro. Cambio.

Por el walkie-talkie hay que hablar así. Suzanne lo sabe por su tío, el del ejército.

Suzanne y yo siempre estamos hablando por los walkie-talkies, a todas horas y desde cualquier habitación (excepto el baño, porque mamá dice que si el walkie-talkie se me cae en la bañera, me electrocutaría como ese personaje de *Coronation Street*, la telenovela que tanto le gusta).

Mamá no entiende por qué Suzanne y yo utilizamos los walkie-talkies: la pared que separa las dos casas es tan fina que bastaría con poner un vaso para oírnos.

Y es verdad. Pero poner un vaso en la pared no es tan divertido como hablar por el walkie-talkie. Suzanne y yo ya lo hemos probado.

Primero, porque las dos tenemos que estar justo en el mismo punto, cada una en su lado de la pared. Segundo, porque no podemos contarnos los secretos, ya que tenemos que hablar en voz alta para oírnos.

Y tercero, porque si las paredes están empapeladas a lo ñoño, como en la casa de Suzanne, el vaso deja marcas circulares. Y entonces viene el papá de Suzanne y dice:

¡SUZANNE, VEN AQUÍ!
¿QUÉ DEMONIOS SON ESOS CIRCULITOS QUE ESTÁN POR TODAS PARTES?

Con el papá de Suzanne no hacen falta walkie-talkies, vasos ni nada de eso. Aunque esté al otro lado de la pared, se oye todo lo que dice porque siempre habla a gritos.

Antes de que tuviéramos los walkie-talkies, Suzanne y yo nos comunicábamos con el código de nudillos.

Funcionaba así: